

## Introducción

### Flujos migratorios, redes y etnificaciones urbanas

---

Walter Imilan, Alejandro Garcés H. y Daisy Margarit S.

Las poblaciones siempre han estado en movimiento. Trashumancia, migraciones translocales e internacionales, y más recientemente, lo que conocemos como desplazamientos transnacionales, expresan la condición nómada de las sociedades humanas. En estos movimientos, junto a las personas se desplazan ideas, cosas, prácticas sociales, creencias y un amplio conjunto de elementos que denominamos cultura. Entonces, tomar atención sobre poblaciones en movimiento implica observar también como las culturas se mueven.

El movimiento de poblaciones implica el traslado de prácticas, valores y creencias que, no necesariamente, se mantienen fieles a sí mismas desde un punto a otro en una geografía. Se suele plantear que las comunidades re-territorializan sus culturas, es evidente que en muchas situaciones así parece ocurrir, no obstante, esta re-territorialización es más que una variación de las formas originales. Todo nuevo espacio exige adaptaciones y variaciones, tal como sucede, por ejemplo, cuando cualquiera de nosotros se muda de vivienda. En este caso, es probable que algunos muebles serán adaptados, cambiarán su función, o incluso tendrán que ser desechados en virtud de las posibilidades que brinda la nueva edificación. La adaptación a un nuevo contexto promueve siempre soluciones creativas y decisiones tácticas. Sin embargo, observar comparativamente a una población en su lugar de origen y en el de destino no es suficiente para comprender las implicancias de la movilidad. Sin duda, los procesos de re-territorialización siempre resultan más complejos.

Tradicionalmente hemos pensando en la cultura como producto del desarrollo de una población anclada a un lugar. En estos términos, Clifford (1997) nos recuerda que vemos, como analistas, la necesidad de enraizar a las sociedades, de observarlas y describirlas desde y en sus posiciones inmóviles, estrechamente vinculadas a un lugar. Bajo el postulado que las raíces siempre preceden a las rutas, siguiendo a Clifford,

habríamos minusvalorado el desplazamiento como experiencia social en sí misma y, en consecuencia, en su importancia en la formación de las culturas. En un registro similar y complementando lo anterior, Ingold (2007) sugiere que los sujetos y colectivos no experimentan el movimiento como un acto de transportar de un lugar a otro sus percepciones, valoraciones y significaciones, esperando con ansias llegar un punto de destino para re-anclarlas. Más bien, el movimiento en sí mismo dispone a experiencias de cambios, reproducciones y reformulaciones. La cultura se transforma a través del continuo del movimiento.

Partiendo de esta hipótesis, todo proceso de construcción de identidad y de estrategias de inserción de un colectivo migrante en una sociedad de destino es más que el producto de una selección de prácticas y estrategias, que, desde un repertorio cultural, se han transportado desde el lugar de origen. Podríamos decir que una vez en movimiento, las raíces de una población se multiplican, es decir, son los vínculos y adscripciones las que se tornan múltiples, tomando direcciones diversas. Los puntos de inicio y de llegada se hacen difusos, lo que emerge es una suerte de trama rizomática en que los sujetos y sus colectivos adquieren vida social.

El incremento de los movimientos de población en la actualidad ha impulsado un conjunto de nuevas perspectivas para su estudio, tal como el caso del transnacionalismo puntualizado por Levitt y Glick-Schiller (2004) o del llamado "giro de la movilidad" planteado por Urry (2007). Ambas miradas se presentan como herramientas para comprender el rol que juegan las rutas, las dislocaciones y re-territorializaciones en la construcción de la sociedad contemporánea y las producciones de identidades y sentidos de pertenencia individuales y colectivos. Desde este campo en consolidación surgen evidencias que nos obligan a poner en cuestión los mecanismos a través de los cuales la cultura contemporánea es producida.

El presente libro es una compilación de investigaciones empíricas que se hacen parte en este campo de reflexiones. Los trabajos aquí presentados indagan a través de contextos y procesos diversos el significado de los movimientos contemporáneos de personas. Sean estos movimientos translocales o transnacionales, la hipótesis de trabajo del presente volumen plantea observar los movimientos de población como un proceso sostenido por redes interpersonales que administran y articulan recursos

de inserción y de identidad. Como idea guía, planteamos que las redes que surgen en el proceso de migración –diversas, multiformes y múltiples– juegan un rol central en los escenarios en que se entretajan los factores económicos, políticos, culturales, sociales, entre otros y los factores subjetivos, que se construyen a partir de las aspiraciones, expectativas y valoraciones de los involucrados en este proceso (Goycochea y Ramírez, 2003). Los trabajos aquí reunidos realizan exploraciones empíricas en este campo, si bien cada uno de ellos difieren en sus casos de estudio y modelos teóricos, comparten tres elementos, a saber: la perspectiva etnográfica, el foco sobre ciudades y el carácter urbano de las migraciones, y una mirada, que podríamos llamar “desde las academias del sur”.

La perspectiva etnográfica, concebida en su sentido clásico es una indagación obstinada en explorar “desde abajo”, llámese desde la perspectiva “de” o “con” los sujetos. Es aquí donde se pueden visibilizar los sentidos, valoraciones y las tácticas que se despliegan en la vida cotidiana para la producción de los mundos sociales. Desde la mirada etnográfica es posible explorar cómo las poblaciones desarrollan prácticas y articulan discursos de diferenciación social, procesos de etnificación que muchas veces subvierten o resisten las políticas de asimilación de las diferencias.

Reviste especial interés en estos procesos de diferenciación, las redes y capitales sociales que movilizan los sujetos para el desarrollo táctico de acciones de integración o diferenciación. Podemos considerar las redes como dispositivos de observación, tanto en su dimensión funcional como forma para acceder a determinados servicios, como es por ejemplo, el acceso a una vivienda o puesto de trabajo mediado por el miembro de una red, pero también, mirar en las redes para dar cuenta de la organización de la vida social en su conjunto.

En segundo término, los textos aquí reunidos trabajan sobre espacios urbanos. Las grandes ciudades de la actualidad devienen en laboratorios para observar las transformaciones de la sociedad y la cultura. La territorialización de los movimientos de poblaciones implica refrescar la relación entre sociedad y espacio. Las ciudades en este sentido, dejan de ser solo un escenario, un telón de fondo donde se desarrollan los encuentros entre los sujetos. Más bien la ciudad se construye a partir de tales encuentros. De acuerdo a Lefebvre (1992), el espacio es el producto de tres momentos: lo vivido, imaginado y representado. Esto implica

que las poblaciones son co-productoras del espacio urbano en que se re-territorializan. Ellas no solo se adecuan o viven de las estructuras físicas y materiales de la ciudad, también negocian con disposiciones políticas y de planificadores que intentan organizar el espacio, mientras que al mismo tiempo, generan prácticas de resistencia y apropiación. Todo esto estaría jugando un rol significativo en la producción del espacio de la ciudad contemporánea.

El presente volumen ofrece una exploración por espacios urbanos diversos, desde metrópolis del cono sur, pasando por México hasta Madrid. A partir de este extenso recorrido se iluminan algunas características distintivas de las ciudades iberoamericanas de la actualidad.

Un tercer elemento compartido por los textos aquí reunidos dice relación con sus autorías. Son trabajos escritos desde América Latina. La creciente globalización de la academia a través de la estandarización de su producción, de sus objetos, métodos y tonos, re-escenifica antiguas querellas respecto al pensar local, especialmente en cuanto a la capacidad de poner atención en fenómenos localmente relevantes. En este sentido, la presente compilación es una exploración también de un lugar desde donde se mira.

### **Etnificación de la ciudad**

---

El concepto de etnicidad no pertenece a las nociones fundantes de las ciencias sociales clásicas, no obstante, en las últimas décadas ha devenido en un campo cada vez más visitado para reflexionar sobre procesos de construcción de identidad.

En América Latina el uso de la etnicidad se encuentra estrechamente vinculado a las sociedades indígenas. No obstante, la aparición del concepto y sus primeras aplicaciones se vinculan más a la descripción de situaciones de contacto entre sociedades tradicionales y modernas, especialmente en el espacio urbano.

La primera difundida definición de etnicidad fue enunciada por Max Weber (2000), quién concebía a las comunidades étnicas como un grupo de personas que, basado en costumbres compartidas, una apariencia similar y una memoria sobre procesos históricos, reconocen un origen común. Weber, como analista de la modernidad, plantea que en virtud

del desarrollo de la sociedad moderna y sus procesos de individualización, burocratización y prevalencia de la acción funcional, lo étnico tendería a desaparecer al interior de la sociedad urbana moderna. En efecto, la etnicidad –siguiendo a Weber (2010)– respondería a una adscripción de sociedades tradicionales, pre-modernas y no urbanas. Justamente es sobre este marco que se vuelcan las primeras aplicaciones empíricas del concepto, especialmente en investigaciones centradas en colectivos que han migrado desde sociedades tradicionales a sociedades modernas.

Dentro de este primer conjunto de investigaciones se encuentra la prolifera Escuela de Chicago dirigida por R. E. Park en la década de 1930. Particularmente a principios del siglo pasado la ciudad de Chicago había experimentado un crecimiento vertiginoso de su población gracias a inmigrantes provenientes de Europa (cerca del 80% de su población en 1930). La ciudad se había constituido en un escenario privilegiado para observar las formas en que diferentes grupos se relacionaban entre sí. Los investigadores de esta Escuela tenían gran interés en dilucidar las capacidades de integración de colectivos específicos, tales como polacos e italianos, que mostraban una aparente resistencia a la integración a la sociedad estadounidense. Lo étnico aparece a través de la mantención de valores y patrones de comportamiento basado en las culturas de origen que tienen consecuencias negativas para la integración.

El bien conocido modelo “ecológico” de la Escuela de Chicago<sup>1</sup> postula la asimilación como el último estadio en las relaciones de contacto entre un grupo migrante y la sociedad de acogida. La condición étnica es disuelta en este proceso, los migrantes son asimilados y transformados en “americanos”, finalmente, adoptan la cultura dominante marcada por los valores y normas de la población blanca y protestante. De esta forma, los migrantes no son más diferentes, devienen en “iguales”. En efecto, después de dos o tres generaciones, la etnicidad se hace irrelevante<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ver: Park, R. E. 1984. The city. Suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment. En *The city* R. E. Park y E. W. Burgess (Eds.), pp. 1-47. The University of Chicago Press, Chicago.

<sup>2</sup> Sobre el carácter fuertemente ideológico de estos postulados existe una larga bibliografía, ver: Hannerz, U. 1980. *Exploring the city. Inquiries toward an Urban Anthropology*. Columbia University Press, New York y Welz, G. 1991. Sozial interpretierte Räume, räumliche definierte Gruppen. Die Abgrenzung von Untersuchungseinheiten in der amerikanischen Stadtforschung. En *Ethnologische Forschung in Städten. Gegenstände und Probleme W. Kokot & B. Bommer* (Eds.), pp. 39-44. Dietrich Reimer Verlag, Berlin.

Desde una posición similar, la llamada Escuela de Manchester aplicó la noción de etnicidad en ciudades mineras del centro de África, en la actual Zambia, con el objeto de leer, al igual que en Chicago, la prevalencia y rol que jugaba el “tribalismo” en ellas. El tribalismo para los ingleses coloniales es la prevalencia de prácticas y concepciones basadas en las culturas de origen por parte de población africana en los asentamientos de administración colonial. La hipótesis general es que las poblaciones migrantes se “des-tribalizan” en la medida que se integran a la ciudad dominada por el poder colonial británico. La disminución en la importancia de sus vínculos tribales daría paso al fortalecimiento de afiliaciones basadas, por ejemplo, en la clase. La idea que se impone es que los habitantes se someten a las estructuras de producción y dominio de la ciudad. En efecto, la frase “urbanitas africanos son siempre urbanitas” se postula como el destino inevitable de las poblaciones de sociedades premodernas una vez asentadas en la ciudad.

No obstante, al interior de esta Escuela surge otra lectura del fenómeno encabezada por J. C. Mitchell. En su breve estudio “The Kalela Dance” (1956), una excelente pieza de etnografía urbana, Mitchell presenta un proceso de des-tribalización seguido de uno de re-tribalización. La situación de contacto de diversos colectivos africanos en la ciudad conduce a la construcción de nuevas referencias tribales, como producto del mestizaje y las dinámicas de poder entre grupos diversos. Por ejemplo, Mitchell toma nota a partir de la danza Kalela, de la formación de un tipo de lengua franca que permite la comunicación entre los colectivos, así como de la fusión de elementos tribales con occidentales. Su etnografía postula que los migrantes construyen nuevas formas de diferenciación en el espacio de la ciudad, desarrollando en consecuencia, nuevos tipos de filiación tribal. En definitiva, ambas corrientes de la Escuela de Manchester argumentan que lo étnico en su forma tradicional deja de existir, mientras que para unos desaparece completamente en manos del establecimiento de una sociedad de clases, para otros, surge una nueva etnicidad, inspirada en las adscripciones a las tribus de origen, pero fundamentalmente producto de las relaciones en la ciudad.

Este conjunto de investigadores plantean una pregunta fundamental que aún mantiene su actualidad, a saber: ¿Cuál es el rol específico que juegan los vínculos étnicos en la ciudad? Mitchell concluye que los migrantes se encuentran en una suerte de tercer espacio, como

diría más contemporáneamente Bhabha (1994), donde a veces adscriben a filiaciones de clase, mientras que en otros momentos a vínculos de tipo étnicos. Ciertamente, los sujetos participan en diversos tipos de relaciones en cuya convergencia se configura la vida cotidiana. Eriksen plantea respecto a este debate que “individuos poseen muchos estatus y muchas identidades posibles, es un asunto empírico establecer cuándo y cómo identidades étnicas devienen en las más relevantes” (2002: 31). En otras palabras, las identidades étnicas son parte de un sistema de identidades que los individuos desarrollan colectivamente.

Esta discusión establece un punto fundamental para el despliegue posterior en la aplicación del concepto. Etnicidad es un proceso a través del cual un grupo de personas se diferencian colectivamente de “otros”. En efecto, sin diferencia no es posible la etnicidad. No obstante, la diferencia no es la causa de la etnicidad, ni tampoco la etnicidad es solo la expresión de diferencia. Los individuos y colectivos “hacen algo” para diferenciarse de otros, por lo que esta diferenciación es un proceso activo, es una construcción.

Considerar los procesos identitarios como producto de una construcción no implica, como habitualmente se critica desde una perspectiva primordialista, que lo étnico, entonces, serían simplemente “invenciones”. Más bien se trata de observar críticamente lo étnico no como algo dado, sino poner acento en los procesos sociales que les dan forma. Sin duda, lo anterior no significa negar la existencia de relaciones pre-discursivas, sino otorgarle un rol distinto, tal como Sökefeld plantea: “Las relaciones primordiales proveen el código a través de los cuales se expresan identidades, naciones, entre otras, no siendo la sustancia desde la cual ellas existen” (2007: 33).

En esta línea y siguiendo a Barth (1969), lo étnico se define por situaciones de contacto que definen la delimitación entre un “nosotros” y un “ellos”. Este modelo de las llamadas fronteras étnicas implica tres principios. Primero, la autoadscripción es central para formar parte de un colectivo étnico. Segundo, los procesos de diferenciación social son más dinámicos y relacionales que estáticos. Finalmente, etnicidad es un aspecto de la organización social y no de la cultura.

Al desplazar la etnicidad desde una visión culturalista hacia una lectura más sociológica, su especificidad para categorizar poblaciones se torna difusa. La sola autoadscripción como principio de diferenciación

puede ser insuficiente, tal como ironizó Abner Cohen (1974), quien frente a esta posibilidad, nombró a los corredores de bolsa de Londres como un grupo étnico. La evidencia empírica así lo mostraban: un colectivo con alto grado de autoadscripción y patrones de comportamiento compartido y fuertemente diferenciados, en el sentido de Bourdieu. Ciertamente, la sola autoadscripción no es suficiente, para que la etnicidad como categoría mantenga su capacidad analítica debe comprender la autoadscripción como producto de una historia compartida. La identidad étnica contiene una dimensión genealógica, como Roosens (1994) argumenta: “Inevitablemente etnicidad refiere a un origen, siempre involucra algún tipo de metáfora familiar o de parentesco” (83). En efecto, la metáfora de un origen común ha devenido en una característica que no puede ser disociada de etnicidad.

Etnificar un espacio que es concebido en principio como ajeno, implica actualizar recursos y capitales basado en la adscripción a un origen colectivo. La historia compartida provee el código sobre el cual los sujetos se organizan para lograr sus objetivos personales y re-significar sus nuevas experiencias. Si bien, lo étnico refiere a una entre muchas fuentes de identidad y recursos sociales a la que los sujetos pueden adscribir en un contexto de identidades múltiples, su anunciada desaparición en la sociología clásica se encuentra lejos de concretarse. Los movimientos de poblaciones actuales proveen de nuevos impulsos al respecto.

### **Momento transnacional**

---

Esta emergencia de la etnicidad y la diferenciación en el espacio urbano que describimos como proceso, viene a reforzarse en la situación contemporánea caracterizada además por el incremento de los flujos de población migrante. La creciente internacionalización del capital y la reorganización global de la producción favorece un incremento de la población migrante a nivel mundial, dado el desarrollo de los medios de transporte y facilidades para viajar por una parte, y el desarrollo a su vez de las tecnologías de las comunicaciones por otra (Landolt, 2001), elementos que sostienen el momento transnacional de las migraciones contemporáneas. Las nuevas condicionantes del capitalismo mundial han favorecido o permitido que los migrantes mantengan vínculos intensos y habituales



a través de las fronteras, constitutivos de lo que se ha venido a llamar *transnacionalismo*. El énfasis que se propone pasa por dar cuenta de la emergencia de un proceso mediante el cual los migrantes establecen campos sociales que cruzan fronteras geográficas, culturales y políticas (Glick Schiller, Basch et al., 1992a). Sin entrar en el detalle acerca de sus diversas acepciones, nos interesa en esta introducción dar cuenta de la construcción heteróclita de su concepto y la multiplicidad de dimensiones que engloba.

En este sentido, es importante dejar asentando que el transnacionalismo como proceso tiene un carácter multifacético y resulta poco aprehensible dadas las distintas dimensiones de la vida social que intenta abarcar en simultáneo, dado que alude al movimiento de personas, informaciones y bienes o mercancías que circulan a través de las fronteras nacionales, formando una suerte de campo o un continuo social. De este modo, no existiría una economía transnacional independiente de las relaciones y redes sociales transnacionales, compuestas de prácticas, sistemas de símbolos y artefactos, bienes y mercancías (Pries, 2001).

A fines de la década de los 90 es sintetizada una perspectiva acerca del transnacionalismo que en cierto sentido ha devenido hegemónica dentro de algunos espacios académicos, al iluminar diversas investigaciones en el ámbito norteamericano y latinoamericano. Dicha perspectiva comprende el transnacionalismo como un conjunto de ocupaciones y actividades que requieren contactos sociales regulares y sostenidos a través del tiempo y de las fronteras nacionales para su implementación (Portes, Guarnizo et al., 1999: 219). Estas distintas ocupaciones y actividades adquieren lugar en tres sectores de transnacionalismo (el económico, el político y el sociocultural), estructurados a su vez en dos niveles de institucionalización (alto y bajo), de modo que podemos encontrarnos en su interior con las grandes corporaciones transnacionales, pasando por las pequeñas empresas de inmigrantes, las distintas organizaciones comunitarias a que dan lugar el flujo migrante, hasta llegar a los vendedores ambulantes de la economía informal que atraviesan fronteras en la búsqueda de productos para sus connacionales en destino.

El enfoque de Portes, Guarnizo y Landolt (1999), si bien permite organizar la comprensión de la diversidad de prácticas o actividades a que da lugar la migración en la situación contemporánea, puede resultar restrictivo al momento de exigir una importante sistematicidad

de los vínculos (“contactos sociales regulares y sostenidos”), y que se entiende deben traducirse en un cierto tipo de institucionalidad dada por la organización migrante, ya sea de orden cultural, económica (la empresa migrante), o política. Esta exigencia de regularidad y sistematicidad en los vínculos, sin embargo, termina por ser restrictiva de lo que podríamos denominar los *usos de la transnacionalidad*, entendida como conjunto de discursos y prácticas que organizan o enlazan los contextos de origen de la migración, pero que presentan un carácter más fugaz e inestable que las actividades que Portes y colaboradores intentan describir. Pensamos por ejemplo en la comunicación transnacional que los migrantes establecen con sus grupos de referencia en origen (ya sea a nivel familiar o con las redes de amistades), que no se restringen a la dinámica marcada por el envío de remesas, pero que dan lugar a nuevas formas de organización social inatrapables para un concepto restringido de lo transnacional. Los actuales estudios acerca de las familias transnacionales constituyen un síntoma de lo que planteamos, como también podrían serlo las fugaces o etéreas movilizaciones que tuvieron lugar en diversos territorios nacionales con motivo de la llamada primavera árabe en 2011. Pese a la ausencia de una orgánica y una sistematicidad de los vínculos en el tiempo, parece difícil discutir aquí la construcción de una escena transnacional.

En el mismo sentido, la expresión de la migración en los espacios urbanos, objeto del presente volumen, nos muestra cómo las dinámicas de apropiación de los espacios urbanos se realizan a través de materiales que el mismo flujo migratorio pone en circulación. La toponimia que nombra los espacios de concentración de la población migrante, las mercancías que en esos espacios son puestas en circulación, los discursos que enuncian las apropiaciones del espacio, todos recurren con fruición a materiales e imaginarios que necesariamente conectan, enlazan los espacios de origen y destino. O si se quiere, hacen operar origen y destino casi como una misma unidad, que comprime el tiempo/espacio (Harvey, 1998).

En esta línea, quizás puede resultar más comprensiva la apertura del enfoque transnacional que suponen las primeras aproximaciones de autores como Glick-Schiller, Szanton-Blanc y Basch. Proponen la existencia de dos acentos en las perspectivas transnacionales, vinculados alternativamente a su constitución como *flujo cultural* o como *red de*

*relaciones*. Por una parte, la idea del flujo cultural remite básicamente a la formación de una *cultura pública* con base en las gastronomías que desarrollan los migrantes por ejemplo, o en general a bienes y servicios que trascienden las fronteras. Por contrario la idea del transnacionalismo como red relaciones acentuaría más que las mercancías en circulación, la preponderancia de las redes sociales migrantes o la necesidad de conceptualizar la migración como un proceso de construcción de redes. Aún así, se reconoce la necesidad de complementar ambas perspectivas para comprender la actual cotidianidad de los migrantes no solo a través de un mapa de circulación de bienes e ideas, sino por la forma en que éstos se incrustan en las relaciones sociales de los migrantes (Glick Schiller, Basch et al., 1992B: 10-11). Quizás una integración de ambas perspectivas pueda encontrarse en la noción de *circuito migrante transnacional*, entendida como aquella continua circulación de gente, dinero, bienes e información, en una comunidad que cruza varios sitios de emplazamiento (Rouse, 1999: 144)

Sin embargo, ¿cuál es la novedad de las formaciones sociales a que dan lugar las experiencias de desplazamiento migrante en la situación contemporánea? Esto porque las conexiones entre los contextos de origen y destino de la migración constituyen una cuestión que en cierto modo ha acompañado siempre a los flujos migratorios, como por ejemplo lo documentan los estudios de la escuela de Manchester que mencionamos anteriormente. La novedad que entendemos intenta o puede ilustrar la perspectiva transnacional dice relación con la *simultaneidad*, con la compresión espacio-temporal (Harvey, 1998) que el ingente desarrollo de los medios de comunicación y transporte introducen como posibilidad en las prácticas de los colectivos migrantes. La simultaneidad ofrecería una nueva propiedad para los vínculos que son posibles de sostener por comunidades con anclajes en los territorios de origen y destino, o más bien, a lo largo de los itinerarios que la comunidad transnacional desarrolla (Besserer, 1999, 2004).

Este contexto en que se desarrollan actualmente los flujos migratorios internacionales, caracterizado por la simultaneidad y la compresión espacio-temporal, constituye el escenario ideal para el despliegue de lo que Appadurai llamó *el trabajo de la imaginación en la vida social*, entendido como mecanismo para la producción de unos *paisajes* que sostenidos en el flujo de personas y mercancías, escenifican una continua

evocación de los territorios de origen a partir de elementos que son resignificados y reterritorializados en destino. En palabras de Appadurai: “Estos paisajes vienen a ser algo así como los bloques elementales... con los que se construyen... los *mundos imaginados*, es decir, los múltiples mundos que son producto de la imaginación históricamente situada de personas y grupos dispersos por todo el globo” (1998: 47).

La nueva y heterogénea experiencia de la ciudad que supone la inserción de la población migrante, materializada en los distintos casos que se analizan en el presente volumen, se observa cargada de referencias a los territorios de origen, a apropiaciones de lo público cargadas de necesidad, reproducción económica y estereotipos, o en definitiva, a la conflictividad propia de la interacción entre colectivos *alterizados* al interior de territorios que se presumen homogéneos.

### **Redes sociales como aproximación socio-espacial**

---

¿Quiénes son y por qué vienen?, de esta forma Alejandro Portes da inicio a uno de los capítulos del libro *América inmigrante* (2010). Esta pregunta guía muchos de los estudios de migraciones internacionales. Son sujetos, hombres, mujeres, familias y niño/as que se trasladan, cambian de ciudades y países en busca de la concreción de proyectos de vida. ¿Es entonces solo el mejoramiento de las condiciones de vida, lo que los impulsa a iniciar trayectorias migratorias?

Las *redes de migración* ocupan un lugar central en el estudio de estos movimientos. Si bien, son numerosas las investigaciones que hacen referencia a redes migratorias, aún es necesario aplicar empíricamente su estudio a diferentes grupos concretos, ya sea de orden étnico, grupos etarios o de momentos socio-históricos determinados con el objeto de aproximar una lectura respecto al funcionamiento de las redes en el conjunto de los procesos migratorios. Lo novedoso de este concepto parece ser el papel central que desempeña en la explicación de la migración.

Ribas (2003) señala que la red ofrece una fuerza explicativa para indagar en los mecanismos de información e integración que no se develan de forma evidente. Del análisis de la red surge información respecto a los vínculos de las personas entre origen y destino, y también lo

que las une en el nuevo espacio territorial. Esta perspectiva nos permite acercarnos a un nivel mesoanalítico, imbricando análisis micro y macro sociales, es decir, en ella es posible observar las articulaciones entre agencia y estructura como una relación dinámica, observar los procesos migratorios más allá de las organizaciones en comunidades cerradas.

Los individuos por el hecho de estar en un permanente contacto y relaciones con otros desde una posición determinada establecen redes, el lugar que se ocupa en estas micro-estructuras permite explicar comportamientos concretos. En otras palabras, se reconoce la existencia de una mediación social entre las conductas individuales y los contextos globales. De esta forma, la estructura de las relaciones sociales se constituye en un nivel de análisis diferenciado y complementario del de las estructuras socioeconómicas y políticas.

Bajo esta óptica, la red migratoria designa un proceso social que conecta a gente establecida en diferentes espacios, ofreciéndoles la posibilidad de desarrollar estrategias fuera del lugar de nacimiento (Glick-Schiller, 1992). De esta forma, se configuran conjuntos de relaciones interpersonales que vinculan a los migrantes con los parientes, amigos o compatriotas que permanecen en el país de origen. Estos transmiten información, proporcionan ayuda económica y dan apoyo de distintas formas. En efecto, las redes pueden inducir a la migración por medio del efecto de demostración.

Las redes de migración se pueden comprender como una forma de capital social, en la medida en que se trata de relaciones sociales que permiten el acceso a bienes como el empleo o a salarios más elevados. Este punto de vista lo sugirió por primera vez Douglas Massey (cit. en Arango, 2000), quien señala que también se pueden enmarcar otras instituciones intermediarias, tales como redes de contrabando u organizaciones de ayuda al desarrollo y humanitarias, que, con distintos propósitos y objetivos, ayudan a los migrantes a superar las dificultades de entrada. Sin embargo, la inclusión de estas instituciones en la noción de capital social no parece tan clara como en el caso de las redes. El asunto es que las redes pueden ser tanto, expresión de un proceso migratorio, como pueden encontrarse en su origen.

Muchos migrantes se desplazan porque otros con los que están relacionados han migrado con anterioridad. Las redes tienen un efecto multiplicador. El papel fundamental que jugarían en la actualidad se

puede explicar debido a dos motivos. Por un lado, porque en muchos países la reunificación familiar constituye una parte considerable de las corrientes de inmigración; por otro, la importancia de las redes sociales es directamente proporcional a la dificultad, o restricciones, a los países receptores. En este último caso, las redes aportan en la reducción de costos y riesgos, disminuyendo la incertidumbre.

El papel que desempeñan las redes sociales dentro de este nuevo marco explicativo pone en entredicho muchas de las hipótesis económicas tradicionales, tales como la relevancia de las diferencias económicas entre países expulsores y receptores de mano de obra como fuente explicativa unidimensional. Sobre todo, las redes ayudan a entender la continuidad de los flujos migratorios a pesar de la desaparición de los factores que determinaron su inicio, así como a dar coherencia a comportamientos que no siempre obedecen a razones ni estrategias individuales.

Ese “carácter autosostenido y autoalimentado que la red migratoria da al propio proceso migratorio”, es destacado también por Martínez (1997), quien señala que una vez que la red se ha constituido, esta se perpetua a sí misma con independencia de las condiciones que le dieron origen, es decir las redes logran consolidar un espacio con relativa autonomía de las condiciones inmediatas del entorno. En esta dirección, por ejemplo, la dinámica del flujo migratorio puede lograr relativa independencia respecto a los vaivenes de la economía de la sociedad receptora.

En efecto, se abre una nueva perspectiva para observar las migraciones más allá de la teoría neoclásica, que considera al proceso desde una perspectiva exclusivamente individual, para analizarlo como un proceso colectivo. El estudio de las estrategias migratorias contempla los vínculos de parentesco, las alianzas y las relaciones personales. A su vez, el análisis a una escala local permite rescatar la experiencia cotidiana, los márgenes de acción de los actores frente a las contradicciones de los sistemas normativos, contribuyendo a análisis más globales.

Las redes conectan individuos y grupos distribuidos en diferentes lugares, lo que optimiza sus oportunidades económicas al ofrecer la posibilidad de desplazamientos múltiples. En efecto, al reconstruir las trayectorias espaciales se verifica que, a veces, no hay un único punto de destino y que existen en los lugares recorridos intermedios que se constituyen en diversos referentes para los migrantes.

En conclusión, si bien el estudio de las redes no es novedoso en la investigación social, en el contexto migratorio las redes devienen tanto en causa como expresión del fenómeno migratorio. Las redes se espacializan, construyen y reformulan los espacios que habitan los migrantes. Los flujos de capitales culturales y sociales conforman una nueva geografía. En palabras de Peggy Levitt (1998) estas son las denominadas “remesas sociales”, tales como “las ideas, comportamientos, identidades y capital social que fluyen del país receptor a las comunidades del país emisor” (925). En este sentido, las redes en un contexto transnacional son dispositivos a través de los cuales podemos observar las transformaciones culturales en las poblaciones en movimiento.

### Plan de lectura

---

#### *Transnacionalismo y redes migratorias*

El primer apartado del presente volumen se enfoca en caracterizar más específicamente las consecuencias de la actuación de las redes que acompañan o sostienen los contemporáneos flujos migratorios en el marco de una espacialidad que ha devenido transnacional en la medida que se resiste a una comprensión dicotómica entre los espacios de origen y destino de los desplazamientos migrantes –y que conducen peligrosamente a discusiones de sesgo culturalista–, para así enfatizar la novedad de la construcción de un nuevo espacio que comunica o enlaza los diversos locus de actuación de los sujetos migrantes, y donde la actuación de las redes migrantes resultan centrales.

En este marco, el capítulo “Perspectiva transnacional en los estudios migratorios. Revisión del concepto y nuevos alcances para la investigación” de Carolina Stefoni, permite situar el devenir de los enfoques teóricos en la explicación de las migraciones internacionales, situando la novedad y capacidad crítica de la perspectiva transnacional que cruza gran parte de los trabajos aquí presentados.

Con el trabajo de Menara Guizardi, titulado “En desplazamiento: itinerarios migratorios de los capoeiristas brasileños de Madrid”, entramos de lleno en los casos de estudio que dibujan la investigación con foco en las redes transnacionales que construyen los sujetos migrantes

en sus múltiples desplazamientos. A partir del foco etnográfico en las historias migratorias de sus líderes y las redes construidas por los migrantes brasileños, más la particular forma organizativa cristalizada en la asociación de capoeira, la autora reconstruye los flujos que desplazan esta práctica desde localidades periféricas y rurales en Brasil, pasando por las grandes urbes del sureste del mismo país, para instalarse en Europa reproduciendo el encadenamiento de localidades y redes que caracterizan a esta práctica afrodescendiente a escala mundial.

En el mismo espacio madrileño, Jorge Moraga y su texto “Confucianismo y reciprocidad en una sociedad de mercado: la cara (Mianzi) de los chinos en España”, nos coloca frente a la nueva migración china proveniente de la provincia de Zhejiang. En un esfuerzo igualmente centrado en las redes migratorias pero ahora leídas en clave de estructuras de reciprocidad que estarían componiendo las economías y la sociabilidad que marcan la inserción de estas poblaciones en ultramar. Algunas veces actualizando formas tradicionales y en otras transformando y reelaborando estos patrones ante el estímulo e influjo de la racionalidad instrumental y el consumo, se describe la nueva articulación de instituciones y capitales simbólicos de la migración china contemporánea en España.

La reflexión respecto de las prácticas urbanas y sociales de los inmigrantes como mecanismos de convivencia y de integración social en la estructura espacial urbana es el tema que aborda Daisy Margarit S. en “La integración en los territorios de la ciudad de L’hospietalet de Llobregat: el caso del colectivo ecuatoriano”. Aquí el análisis se centra en las interrelaciones que se generan entre el territorio, representado y delimitado por la unidad del barrio, y la migración del colectivo de ecuatorianos. Se reconoce en este proceso un carácter multidimensional, en tanto comprende no solo las relaciones del inmigrante con el entorno social, sino también aquellas relaciones que se establecen y generan en el territorio donde se asienta.

### *Espacios de integración y flujos intrarregionales*

Según el PNUD (2009), los movimientos de población más masivos en la actualidad se están produciendo entre regiones vecinas. En este apartado tres artículos abordan los procesos de inserción e integración de poblaciones migrantes de países vecinos del cono sur. Estas poblaciones



representan flujos masivos, que si bien no se encuentran con obstáculos, como por ejemplo, el idioma, si experimentan fuertes estigmatizaciones en las sociedades de acogida.

Alejandro Garcés H. profundiza en la relación entre población peruana en Santiago y el uso del espacio público en “Comercio ambulante, agencia estatal y migración: crónica de un conflicto en Santiago de Chile”. A través de su relato se presentan las tensiones por los usos del espacio urbano como consecuencias de las dinámicas de concentración residencial y comercial de la migración peruana en Santiago. Los intentos de control sobre una “otra urbanidad”, que representaría la población peruana ocupando las calles del centro de la ciudad, introduce desde municipios, diputados y policías principios higienistas y de salud pública como dispositivos que refuerzan los estereotipos y la circunscripción de la población migrante a un espacio delimitado.

Florencia Jensen nos presenta otro caso muy distinto en el mismo Santiago. En su texto titulado “Donde fueras, haz lo que vieras. Integración de migrantes argentinos recientes en el Chile contemporáneo”, caracteriza los procesos de integración de la reciente migración argentina. Orientado a la descripción de prácticas y percepciones de la integración por parte de estos nuevos migrantes, el texto distingue tres dimensiones en que se organiza este proceso. En primer lugar la dimensión económica, que considera aspectos tales como acceso y tipos de trabajo, redes laborales y acceso a los servicios públicos. En segundo lugar la dimensión política, que en el texto se operativiza en la participación en asociaciones de inmigrantes, en el derecho al voto tanto en el país de origen como en el de destino, y en lo que refiere a la legislación migratoria. Por último, la dimensión sociocultural que considera las redes de sociabilidad y vínculos interpersonales que los sujetos migrantes crean en el marco de su inserción, negociando la adquisición de nuevas pautas o formas entendidas como culturales.

La etnografía de Mariana Beheran, “Jóvenes bolivianos/as en la ciudad de Buenos Aires. La socialización laboral en el ámbito familiar y los usos de la identificación nacional”, aborda las experiencias formativas y laborales de jóvenes migrantes de origen boliviano en una villa de emergencia en el sur del Gran Buenos Aires. El texto ilustra de manera vívida las tensiones y la negociación de identidades que supone la integración. El contenido de las identificaciones nacionales desarrolladas por los

migrantes bolivianos en estos espacios nos hablan de la construcción de identidades estratégicas, en este caso expresadas en el silenciamiento de los orígenes nacionales y étnicos en el espacio público y su consecuente reducción al espacio privado.

### *Etnificación indígena de la ciudad*

Las ciudades están siendo en la actualidad un escenario para apropiaciones, segregaciones y *performances* públicas por parte de una amplia gama de flujos migratorios signados por la migración internacional sur-norte, sur-sur, o por la migración indígena que se asienta en las ciudades. En este apartado se presentan trabajos que exploran en estos procesos y su vínculo con colectivos indígenas.

En “Más allá de las ‘regiones de refugio’ y la deculturación. Inmigración, comercio y apropiación cultural oaxaqueña desde la periferia de Ciudad de México”, Nicolás Gissi aborda los procesos de inserción a la sociedad urbana mexicana de los migrantes mixtecos y chocholtecos provenientes del estado de Oaxaca, haciendo énfasis en las prácticas comerciales y en lo que el autor denomina, apropiación cultural. Desde las periferias urbanas se escenifican las contemporáneas luchas y reinvencciones de lo indígena en el nuevo contexto urbano.

Finalmente, el trabajo de Walter Imilan titulado “Experiencia Warriache: Espacios, *performances* e identidades Mapuche en Santiago”, aborda la producción de nuevos espacios urbanos etnificados a partir de la experiencia migrante de los Mapuche y sus descendientes al momento de habitar la ciudad de Santiago. Enfocado en la actuación performática de diversas organizaciones indígenas artísticas en Santiago, pueden observarse nuevos vínculos entre las identidades y los espacios que cooperan en la construcción de lo mapuche contemporáneo.

### Referencias bibliográficas

- Appadurai, A. 1998. *Modernity at large. Cultural dimensions of globalization*. University of Minnesota Press, Minneapolis-London.
- Arango, J. 2000. Enfoques conceptuales y teóricos para explicar la migración. En: *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 165: 33-47.

- Barth, F. 1969. *Ethnic groups and boundaries. The social organization of cultural difference*. Bergen. Oslo.
- Bhabha, H. 1994. *The Location of Culture*. Taylor & Francis. Londres.
- Besserer, F. 1999. Estudios transnacionales y ciudadanía transnacional. En *Fronteras fragmentada*, G. Mummert (Ed.). Colmich, México.
- Besserer, F. 2004. *Topografías transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*. Plaza y Valdés, México.
- Clifford, J. 1997. *Itinerarios transculturales*. Gedisa, Barcelona.
- Cohen, A. 1974. *Urban Ethnicity*. Tavistock, London.
- Eriksen, T. H. 2002. *Ethnicity and nationalism*. Pluto Press, London.
- Glick Schiller, N., L. Basch y C. Blanc-Szanton, 1992a. Towards a definition of transnationalism. Introductory remarks and research questiones. En *Towards a transnational perspective of migration. Race, class, ethnicity and nationalism reconsidered* N. Glick Schiller, L. Basch y C. Blanc-Szanton (Eds.), pp. ix-xiv. Academy of Sciences, New York.
- Glick Schiller, N., L. Basch y C. Blanc-Szanton, 1992b. Transnationalism: A new analytic framework for understanding migration. En *Towards a transnational perspective of migration. Race, class, ethnicity and nationalism reconsidered* N. Glick Schiller, L. Basch y C. Blanc-Szanton (Eds.), pp. 1-24. Academy of Sciences, New York.
- Goycochea, A. y G. Ramírez. 2002. Se fue, ¿a volver? Imaginarios, familia y redes sociales en la migración ecuatoriana a España. En *Revista Iconos*, 14: 22-34.
- Harvey, D. 1998. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Ingold, T. 2007. *Lines: A Brief History*. Routledge, London.
- Landolt, P. 2001. Salvadoran Economic Transnationalism: Embedded Strategies for Household Maintenance, Immigrant Incorporation, and Entrepreneurial Expansion. *Global Networks* 1: 217-242.
- Levitt, P. 1998. Social remittances: migration-driven, Local-Level Forms of Cultural Difussion, *International Migration Review*, 32 (4): 34-56.
- Levitt, P. y N. Glick Schiller. 2004. Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society. *International Migration Review* 38 (145): 595-629.
- Lefebvre, H. 1992. *The Production of Space*. Wiley-Blackwell, London.
- Martínez, U. 1997. *La integración Social de los inmigrantes extranjeros en España*. Catarata, Madrid.
- Mitchell, J. C. 1956. *The Kalela dance. Aspects of social relationships among urban africans in Northern Rhodesia*. Manchester University Press, Manchester.

- PNUD. 2009. *Superando barreras: Movilidad y desarrollo humanos*. PNUD, Madrid.
- Portes, A., L. E. Guarnizo y P. Landolt, 1999. The study of transnationalism: pitfalls and promise of an emergent research field. *Ethnic and Racial Studies* 22 (2): 217-237.
- Portes, A. y R. Rumbaut, 2010. *América inmigrante*. Editorial Anthropos, España.
- Pries, L. 2001. The approach of transnational social spaces. Responding to new configuration of social and spatial. En *New transnational social spaces. international migration and transnational companies in the early twenty-first century* L. Pries (Ed.), pp. 3-33. Routledge, London.
- Ribas, N. 2003. Redes y espacios. Formación de redes sociales en la movilidad. En *Perspectivas de la inmigración en España. Una aproximación desde el territorio* G. Aubarell (Ed.). Icaria, Barcelona.
- Roosens, E. (1994). The primordial nature of origins in migrant ethnicity. En *The anthropology of ethnicity. Beyond "Ethnic groups and boundaries"* H. Vermeulen & C. Govers (eds.), pp. 81-102. Het Spinhuis, Amsterdam.
- Rouse, R. 1999. "Mexican Migration and the Social Space of Posmodernism". En *Migration, diásporas and transnationalism* S. Vertovec y R. Cohen (Eds.), pp. 138-153. Edward Elgar, Northampton, USA.
- Sökefeld, M. 2007. Problematische Begriffe: Ethnizität, Rasse, Kultur, Minderheit. En *Ethnizität und Migration* B. Schmidt-Lauber (ed.), pp. 31-50. Reimer, Berlin.
- Urry, J. 2007. *Mobilities*. Polity Press, Cambridge.
- Weber, M. 2000. *Wirtschaft und Gesellschaft*. Mohr Siebeck, Frankfurt.